

IL SANTO

RIVISTA FRANCESCANA
DI STORIA DOTTRINA ARTE

QUADRIMESTRALE

XXXVIII, serie II, settembre-dicembre 1998, fasc. 3

CENTRO STUDI ANTONIANI
BASILICA DEL SANTO - PADOVA

gi serafici», i seminari minori allo scopo di formare i giovani, che dimostravano predisposizione alla vita religiosa e sacerdotale.

La terza parte del volume dal titolo già di per se stesso significativo «Promotore degli studi» affronta con nuovi particolari e acquisizioni tre grosse e importanti realizzazioni del padre Bernardino, del resto già abbondantemente sottolineate dalla storiografia, le quali hanno sempre richiamato l'attenzione degli studiosi sul suo generalato: la riforma e la promozione degli studi filosofico-teologici, la fondazione a Firenze del collegio di Quaracchi per l'edizione critica delle opere di san Bonaventura, la costruzione in Roma del collegio di S. Antonio che appariva a qualcuno un tradimento della povertà francescana tradizionale. Queste tre iniziative furono perseguite con tenacia e pazienza; il padre Bernardino dovette superare difficoltà e ostacoli di ogni genere, incomprensioni, malintesi, ecc., ...provenienti da dentro e fuori dell'Ordine. Fu sempre sorretto però dalla convinzione, già maturata durante il suo provincialato, che una delle principali cause dei mali di cui soffriva la vita religiosa era la mancanza di una solida formazione spirituale, culturale e teologica.

Nella sua introduzione l'autore di questo pregevole volume si domanda se «di fronte alla poderosa storiografia sulle origini francescane, a cui si è abituato l'uditore degli ultimi anni» (p. XVII), un lavoro sul francescanesimo di fine 800 e per di più su un ministro generale, poteva trovare spazio e accoglienza. Alla fine della lettura di questa ricerca ampia e impegnativa, condotta in maniera rigorosamente scientifica su una documentazione pressoché ancora inesplorata, la risposta non può che essere positiva ed elogiativa. Il padre Buffon è riuscito a ricostruire, con pazienza e tenacia (basti solo accennare alle fittissime e ricchissime note e alla bibliografia), 20 anni di storia francescana, dimostrando come i problemi e le tensioni del francescanesimo primitivo: povertà, studi, apostolato, rapporti con l'autorità ecclesiastica, con il clero, sono in sostanza, gli stessi che il padre Bernardino si trovò a dover affrontare durante gli anni del suo generalato.

PAOLO GAVAZZI

Regesta Ordinis Fratrum Minorum Conventualium. 2 (1504-1506). A cura di (†) GUSTAVO PARISCIANI, OFM Conv. Padova, Centro Studi Antoniani, 1998, CXL+262 pp. (Fonti e Studi Francescani. A cura dei Frati Minori Conventuali, VII. – Regesti 2).

Las órdenes mendicantes tienen procedimientos documentales propios que culminan en los Registros de los superiores generales. Las familias dominicana, agustianiana y carmelitana se adelantaron en varios decenios a la familia franciscana ofreciendo al público erudito buenas ediciones de estos repertorios documentales, imprescindibles para el estudio matizado de la vida y actividad de cada familia religiosa. En la comunidad franciscana esta obligación y honor corresponde a los Frailes Menores Conventuales, comunidad tradicional de la Orden hasta 1517, que custodia en sus Archivo General los registros de los ministros generales desde 1488 hasta 1517. Era una aportación trascendente que los historiadores esperaban del p. Giuseppe Abate que había utilizado reiteradamente estas fuentes y manifestado su propósito de presentarlas en una buena edición.

En este último decenio asumió con decisión esta trabajosa tarea Gustavo Parisciani. Con el entusiasmo y desreza narrativa que le caracterizaban consiguió sacar

a luz en 1989 el volumen I de los *Regesta*. Siete años después había dado, cima al volumen II, cuando atravesaba momentos difíciles de su vida que culminaron con su muerte. Por suerte tuvo a su lado a un generoso editor, Luciano Bertazzo, y a una institución cultural pujante, el Centro Studi Antoniani, de Padua, que apadrinan la colección «Fonti e Studi Francescani». Sólo aplausos y esperanzas cabe ahora consignar ante esta iniciativa, llamada a facilitar extraordinariamente la labor del historiador franciscano.

La obra se reparte en dos parcelas de casi igual magnitud: la *Introducción* sobre el Egidio Delfín de Ameria, ministro general en el período 1500-1503, que se extiende a lo largo de 140 páginas; el *Regestum* en sus diversos apartados, relativos a las provincias de la Orden franciscana, que ocupa el resto del libro. En principio podrá parecer desmesurada la extensión de este estudio introductorio. Se comprende sin embargo la razón de su edición: es el estudio original de Parisiani, que no pudo reformarlo; resulta muy positivo y valioso por la copiosa información que atesora; no desequilibra el volumen.

El historiador franciscano de nuestro tiempo leerá esta introducción con gran curiosidad, por momentos incluso con cierta emoción. Se trata de un personaje apasionadamente discutido en su tiempo. La disparidad de juicios sobre su actuación dividió también a los historiadores. Sin embargo hay dos parcelas bien diferenciadas en su gobierno: sus proyectos de reforma para la unidad de la Orden, que aparecen cada vez más explícitos y tienen un parentesco con los apadrinados por otros superiores mendicantes que efectivamente condujeron a sus familias en proceso de reforma hacia la reunificación jerárquica y constitucional; sus campañas e iniciativas concretas de reforma y reunificación de las familias franciscanas que pasó inevitablemente por situaciones y momentos confusos y ambiguos.

La escueta biografía de Gil Delfin es particularmente apreciable porque aflora las noticias biográficas, típicas de un maestro y de un superior de talento e iniciativa. Sus itinerarios por las provincias italianas y ultramontanas reflejan en cambio las situaciones reales: el partidismo de los grupos reformados, en particular de 109 vicarios observantes que se sienten fuertes con el apoyo de reyes y nobles; la instalación de los moradores de los grandes cenobios urbanos y de 105 monasterios femeninos, que se resisten a abandonar sus comodidades, a veces mundanidades, seguros de contar con la simpatía de municipios y patronos de las iglesias y conventos. Gil Delfín como otros ministros generales confía en algunos momentos en poder realizar sus proyectos con observantes «sub ministris», como los coletanos franceses, los amadeitas de Italia y los «capuchos» españoles. Pero la fuerza de estos grupos reformados es exigua y es contrarestanda sin dificultad por los observantes, siempre desconfiados de estos proyectos de *reforma en la obediencia*, como gustaba de proclamar el Maestro Gil Delfín.

Resulta apasionante seguir los viajes y campañas de este reformador ilusionado en tierras de Francia, donde constata a cada paso los golpes asestados a la familia conventual y la imposibilidad de llegar a arreglos y concordias honorables. Todo está decidido e impuesto por los agentes de la Corte, especialmente en París, donde se siente fuerte con el apoyo de la Corte para imponer soluciones drásticas que terminan despertando el rechazo de la propia familia conventual. El esfuerzo titánico del ministro general tiene su remate solemne en la asamblea de reforma celebrada en Rabastens a partir del 1 de agosto de 1503. En ella Gil Delfín ofrece cuando puede dar: un proyecto de reforma de la Orden bajo un ministro general reformado y su retiro voluntario, si es necesario para facilitar la realización de la unión. Re-

cibe la respuesta tradicional de la Observancia: la reforma sólo será viable imponiendo la Observancia y dejando que se extinga la familia conventual. En consecuencia, no hay consenso y continua el forcejeo.

En tierras españolas aumenta la esperanza del ministro general. Convence a Fernando el Católico de la viabilidad de su proyecto de reforma y unión y logra promulgarlo en el capítulo de la Provincia de Aragón, en los días 9-17 de septiembre de 1503. Luego vence la oposición inicial en Castilla y consigue inclinar al Rey y al cardenal Francisco Jiménez de Cisneros a sus propuestas sobre un capítulo generalísimo de Unión, en 1506. Entretanto convoca un capítulo general para el 22 de mayo de 1504, en la ciudad francesa de Troyes, en el que espera recapitular los momentos y resultados de su campaña de reforma. Lo consigue sin graves estridencias, aunque con síntomas visibles de un malestar generalizado en las diversas familias de la Orden que muy pronto se convierte en oposición desafiante hacia la meta propuesta por Gil Delfín. La nueva amarga experiencia se confirma los meses siguientes en gestos de desinterés de los soberanos hacia la tesis del ministro general. Ni siquiera con promesas de reunir el proyectado capítulo generalísimo en una ciudad española (Perpiñán, Barcelona o Granada) consigue la intervención de Fernando el Católico y del cardenal Jiménez de Cisneros, distanciados temporalmente de la política italiana del papa Julio II. Con todo Delfín confía en el apoyo español. Con esta convicción regresa a Italia, en un lento recorrido por tierras francesas en el que espera en vano encontrar y convencer al vicario ultramontano de la Observancia, Marcial Boulrier. En mayo está en Roma, albergado por prudencia en el convento reformado de frailes «amadeitas» de San Pietro in Montorio, de patronato español, y diseña desde este escondrijo del Janículo el programa del inminente capítulo generalísimo.

Sabe ahuyentar las reticencias creadas en la Curia Romana contra su campaña de reforma y conseguir la aprobación para el capítulo. Pero no pasa de ser un espejismo. Fuera de su cenobio se ha formado un vendaval de amenazas y rebeldías en las que coinciden observantes y conventuales en mismo rechazo. Es el preludio tormentoso de un capítulo generalísimo en que Gil Delfín se ve acosado, amedrentado y desconcertado. El 30 de mayo de 1506, deprimido y enfermo, presenta su renuncia al cargo, que es aceptada en el acto. Triste vigilia de una muerte que se produce poco después en Santa Maria Nova, de Nápoles, bajo la protección de los gobernantes españoles.

Gustavo Parisiani ha conseguido reconstruir el perfil biográfico y los proyectos de gobierno y reforma de este singular ministro general de la Orden franciscana. Una figura y unos gestos que los historiadores del franciscanismo reconocen como paradigmáticos, no tanto por los éxitos o fracasos que se dan en su gobierno sino por la conjunción de protagonismos y proyectos que concurren en este singular momento histórico.

Para los observadores actuales Gil Delfín tiene una estatura indudable de gobernante y reformador; es un sagaz negociador con reyes y prelados; demuestra generosidad y audacia en sus iniciativas. Su único desacierto parece residir en no percatarse de que la meta propuesta era inasequible en aquel momento para un ministro general de la Orden.